

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 pta.
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
» Extranjero » . . . 1'50 »

Continuación de Maura

No ocupa el poder auténticamente Maura, pero ante la hipócrita reacción que impera con el nombre de democracia, fuera preferible la continuación de los conservadores. Estos, por lo menos, con sus públicos atropellos y con sus desplantes, tenían la virtud de excitar las iras del pueblo y ponerle en estado de lanzarse á la revolución en cualquier momento. Bien es verdad que cuando mandan los conservadores hay una prensa republicana y radical que combate á la monarquía.

Pero ahora con esta situación que llaman liberal, con la hipocresía con que diaria y constantemente se atropellan todos los derechos y con un partido republicano y radical que parodiando á aquel célebre ministro de Marina, no consiente que le toquen á Canalejas, estamos atravesando una reacción mansa como hace muchos años no se había conocido.

Las cárceles están llenas de presos por delitos llamados políticos y sociales; la ley de jurisdicciones ocasiona víctimas diariamente por todas partes; la seguridad personal es un mito, y siempre se encuentra un pretexto para impedir la libre emisión del pensamiento.

En lo que afecta á las luchas sociales, la parcialidad es tan manifiesta que se nos asegura que era la jefatura de policía la que se encargaba de facilitar trabajo durante las últimas huelgas; y es más, según ya dijimos, tomado de un periódico tan conservador como *La Vanguardia*, un barco extranjero fué desguardado por individuos del cuerpo de seguridad, vestidos de paisano.

La correspondencia de varios compañeros es secuestrada por la policía, cosa á la que no se llegó en tiempos de Maura y Lacierva, pues éstos antes de llegar á los secuestros y registros domiciliarios suspendieron lo que llaman garantías constitucionales; pero con esta reacción que cobardemente se apellida liberal y que indeciblemente está apoyada en Barcelona por una cuadrilla que dirige un partido radical, se llega al extremo de detener á los que van á la cárcel á cumplir un deber de compañerismo con los amigos presos, y á los patronos que en sus talleres tienen algún anarquista se les habla del peligro que corren si no los despiden.

No intentamos con estas líneas pedir que haya más respeto á los derechos individuales; pero nos proponemos machacar tanto sobre esto que hemos de conseguir que caiga la careta liberal con que cubren su rostro los reaccionarios que ocupan el poder y que quede patente el indecoroso compadrazgo de un partido republicano radical, con los representantes de la monarquía, pues no olvidamos que porque en un mitin celebrado en el teatro de la Marina, un compañero nuestro dijo que aun era peor que gobernara Canalejas que Maura, de un grupo de lerrouxistas salieron gritos y un arma de fuego que no se atrevieron á disparar.

La Anarquía

IV

Las ideas socialistas en la Internacional

Al lado de las diversas escuelas socialistas, mencionadas en el capítulo precedente, había también las ideas de la escuela Sansimoniana.

Después de haber ejercido gran influencia antes de 1848, seguían predominando en las concepciones socialistas de los miembros de la Internacional.

Un gran número de brillantes escritores y pensadores, políticos, historiadores e industriales se habían desarrollado entre los años 30 y 40, bajo la influencia del Sansimonismo. Bastará nombrar aquí Auguste Comte, en filosofía; Agustín Thierry, entre los historiadores, y Sismondi, entre los economistas.

Todos los reformadores sociales habían sufrido la influencia de esta escuela.

El progreso realizado en la humanidad, decían, ha consistido, hasta el presente, en transformar la Esclavitud en Servidumbre y la Servidumbre en Salariado. Pero tiempo llegará en el que se hará necesario suprimir á su vez el Salariado. Y con el Salariado, la propiedad individual de lo que es necesario para producir, deberá desaparecer á su vez. No ha de verse, agregaban, en ese

cambio ninguna cosa imposible. puesto que la Propiedad y la Autoridad han sufrido ya muchas modificaciones en la historia. Nuevas modificaciones se imponen hoy y se cumplirán necesariamente.

La abolición de la propiedad particular, decían los Sansimonistas, podrá hacerse poco á poco, por medio de una serie de medidas (de las que la Gran Revolución, recordémoslo, había tomado ya la iniciativa). Esas medidas permitirían al Estado apropiarse—por ejemplo por medio de fuertes derechos de herencia—una parte siempre creciente de las propiedades transmitidas de una generación á otra. La herencia individual iría de este modo en disminución y acabaría por desaparecer, puesto que los mismos ricos se aperibirían de las ventajas que tendrían abandonando un privilegio que pertenecía á una sociedad que se iba. Y entonces el abandono voluntario de la Propiedad por los ricos y la supresión legal de la herencia debían constituir al Estado Sansimoniano, propietario universal de la tierra y de la industria, regulador supremo del trabajo, jefe y director absoluto de las tres funciones: el Estado, la Ciencia y la Industria (1).

Cada uno es un trabajador en una de esas ramas, sería también un *funcionario* del Estado Sansimoniano, en el que el Gobierno se compondría de una jerarquía de los mejores hombres, los mejores en las ciencias, en las artes, en la industria.

La distribución de los productos se haría en ese sistema, según la fórmula: *A cada uno según su capacidad, á cada capacidad según sus obras.*

Aparte esas previsiones del porvenir, la escuela Sansimoniana y la filosofía positiva que de ella se deriva, dieron al siglo XIX cierto nombre de trabajos históricos muy notables, en los cuales los orígenes de la sociedad, de la propiedad privada y del Estado fueron discutidos en una forma verdaderamente científica. Esas obras conservan hasta el presente todo su valor.

Al mismo tiempo los Sansimonianos sometieron á una crítica severa la economía política de dicha escuela clásica de Adam Smith y Ricardo, que fué conocido más tarde bajo el nombre de «Escuela de Manchester» y que predicaba «la no intervención del Estado». Pero mientras combatían de este modo el principio de individualismo industrial y de concurrencia los Sansimonianos caían en el mismo error que habían combatido al principio, cuando criticaban el Estado militar y sus clases jerárquicas. Acabaron por reconocer ellos mismos la omnipotencia del Estado, y basaban su sistema—como lo había hecho notar Considérant—sobre su ilegalidad y autoridad, así como sobre una jerarquía de administradores. Llegaban también hasta dar á su jerarquía gubernamental el carácter de un sacerdocio.

Así los Sansimonianos se diferencian de los Comunistas de 1848 por la parte puramente individual que atribuían á cada uno en el conjunto de bienes producidos por la comunidad.

A pesar de los excelentes trabajos que varios de entre ellos habían hecho en economía política, no habían todavía llegado á concebir la producción de las riquezas como un hecho social, un hecho global. Si lo hubieran hecho, forzosamente habrían llegado á comprender que es materialmente imposible determinar con justicia la parte que debe ser

atribuida á cada uno de los productores sobre el conjunto de las riquezas producidas.

Sobre este punto existía una profunda diferencia entre los Comunistas y los Sansimonianos. Pero los dos estaban de acuerdo sobre un punto. Los unos y los otros ignoraban el individuo, sus derechos y sus aspiraciones. Todo lo que los Comunistas concebían era el derecho de elegir sus administradores y gobernantes, lo que los Sansimonianos no admitieron hasta después de 1848. Desde luego no admitían el mismo derecho de elección. Pero bajo el Comunismo, como bajo el Sansimonismo, y hasta hoy bajo el Colectivismo, el individuo permanece como un funcionario del Estado. Con Cabet, el autor del *Viaje á Icaria* y fundador de colonias Comunistas en América, el comunismo jacobino y la supresión de la individualidad llegan á su completa expresión.

En fin, debemos también mencionar la escuela de Louis Blanc, que tenía en la época de la fundación de la Internacional numerosos partidarios en Francia y en Alemania, donde estaba representada por un cuerpo compacto de Lassalianos. Estos socialistas, todos también estadistas, como los precedentes, consideraban que el traslado de la propiedad industrial de las manos del Capital á las del Trabajo, podía efectuarse si un Gobierno, nacido de una revolución é inspirado en ideas socialistas, ayudaba á los obreros á organizarse ellos mismos en una vasta escala de asociaciones obreras cooperativas, á las cuales el Gobierno prestaría el capital necesario. Estas asociaciones estarían unidas entre sí en un vasto sistema de producción nacional. Una retribución igual para todos podía ser aceptada como forma transitoria; el objeto final era llegar un día á la distribución de los productos según las necesidades de cada uno de los productores.

Eso era también—como dice Considérant —«un Sansimonismo comunista» colocado bajo el gobierno de un Estado democrático. Apoyándose sobre un amplio sistema de crédito nacional, que prestaría el dinero á una tasa de interés muy bajo, y puestas así en condiciones de hacer la concurrencia á la producción de los capitalistas; soportadas además por las demandas del Estado, esas asociaciones obreras sabrían bien pronto rechazar el capitalismo de la industria y reemplazarle.

También sabrían extenderse á la agricultura. Ese objeto económico socialista—y no el ideal simplemente democrático de los políticos burgueses—no debían los trabajadores perder jamás de vista.

Todas esas ideas, elaboradas por la propaganda socialista antes de 1848 y por la revolución de febrero y de junio de 1848, con diversas modificaciones en los detalles, estaban ampliamente extendidas en la Asociación Internacional. Las diferencias de opiniones, como se ve, eran fuertes, pero los partidarios de todas estas escuelas, estaban de acuerdo para reconocer como base de la próxima revolución, un gobierno fuerte, que tendría en sus manos toda la vida económica de la nación.

Todos ellos se unían para reconocer la organización centralizada y jerárquica del Estado. Afortunadamente, al lado de esas ideas jacobinas había todavía, para hacerlas contrapeso, las ideas de los Fourieristas, que vamos ahora á analizar.

PEDRO KROPOTKINE

(Continuará)

Lo que nosotros queremos (1) AL PUEBLO

Nosotros luchamos, pueblo, por la igualdad ante todo; por la verdadera y propia igualdad, no por aquella mentira escrita en las cárceles de las monarquías ó en los muros de la Francia republicana.

Nosotros queremos que *todo pertenezca á todos*; queremos que las máquinas sean propiedad de los obreros que las hacen producir, y que sean expropiadas á los actuales patronos, que se enriquecen á costa de las fatigas de los trabajadores. Queremos que la tierra, hoy en poder de los *viciosos propietarios*, que viven en la ciudad en medio del lujo y en plena orgía, sea entregada al campesino que la cultiva y la hace fructificar. Queremos, en una palabra, que todos los instrumentos del trabajo sean poseídos por los trabajadores libremente asociados, y que todos los productos naturales y artificiales de la riqueza sean declarados propiedad de todos. Por esto nosotros nos declaramos comunistas. Y desafiamos á todos los guiados por el egoísmo á que nos demuestren cómo la verdadera igualdad es posible sin el comunismo, que sintetiza el deber y el haber entre el individuo y la sociedad con la vieja é insuperable fórmula: *cada uno según sus fuerzas y á cada uno según sus necesidades.*

Pero sin completa libertad no es posible la igualdad completa, como sin verdadera igualdad no es concebible la verdadera y propia libertad. El que no posee es esclavo del que posee, como aquellos que dominan políticamente, hasta económicamente tienden á transformarse en los señores de los gobernantes. Y como no es posible efectuar la igualdad sin suprimir á los patronos, desposeyéndoles de todo lo que injustamente detentan, esto es, del privilegio económico que se llama propiedad, tampoco es posible reivindicar la libertad sin eliminar á los gobernantes, aboliendo todo gobierno, que es el privilegio político donde descansa la explotación del hombre por el hombre. Ni amos ni asalariados; ni gobernantes ni gobernados. Todos iguales en la libertad; todos libres en la igualdad.

Sin propiedad privada, que equivale á decir sin amos y, por consecuencia, sin la explotación económica, todos los individuos serán *económicamente iguales*; y esto es el comunismo ó propiedad común de todas las cosas.

Sin gobierno, sin autoridad del hombre sobre el hombre, sin la violencia moral de las leyes antinaturales, sin policías y sin burocracia, todos los hombres serán políticamente libres: esto es, *cada individuo tendrá la plena y exclusiva soberanía sobre sí mismo* y no encontrará quien le impida cooperar al bien colectivo y podrá obrar espontáneamente según lo reclamen sus intereses individuales: *existiendo completa armonía en los intereses de todos. Esta libertad es la Anarquía, libertad de la libertad. Somos por todo esto, comunistas anarquistas, porque queremos ser verdaderamente libres y completamente iguales.*

Nosotros, que queremos la liberación de todos los oprimidos; nosotros, que amamos vivamente á nuestras madres, á nuestras hermanas, á las compañeras de nuestra vida y de nuestros dolores, llamamos á la mujer doblemente esclava, del patrono y del macho. ¡Venid á nosotros, ¡oh, desventuradas! y peleemos juntos por la redención de todas las miserias, para que entre vosotros no impere la infelicidad!

Os dicen continuamente que nosotros queremos destruir los más santos afectos de la familia. Pero ¿existe la familia para vosotros, pobres mártires del trabajo del campo, del taller y de la mina? ¿Existe familia para vosotras, jóvenes vendidas sin amor y por una baja especulación de intereses materiales á la prostitución legal del matrimonio? ¿Existe familia para vosotras, hermanas niñas, niñas desfloradas en plena juventud por la libidinosidad de un patrón libertino y echadas al medio del arroyo para que os compre las caricias el primer viandante? ¿Existe la familia para vosotras, irresponsables infanticidas consagradas para el recreo de los elegantes ladrones de vuestra virginidad? ¿Para vosotras, desconsoladas y viejas solteronas, obligadas á una eterna castidad por el estúpido convencionalismo social, que llama inmoralidad á los estímulos imperiosos del corazón y de la carne que no estén controlados en el registro civil? Y, en fin, ¿existe la familia para vosotras, prostitutas, instrumentos del *placer burgués*, que os tuvisteis que vender porque el hambre trituraba vuestros organismos en el mercado de las esclavas blancas, para transformaros en antros donde el venéreo y la sífilis habían de surgir para corroerlo todo?

¿Dónde está, mujer dulce y dolorosa, mitad del género humano, vuestra dignidad frente á la bárbara prepotencia del macho?

Esta sociedad inmoral, que luca de vuestro producto de trabajadoras y de vuestra belleza; este conglomerado de gentes y de leyes, pudibundas, llenas de sífilis moral hasta los huesos, tiene el coraje de llamarnos *renegadores de los más*

(1) Hoy publicamos este artículo, que fué escrito en 1892 y publicado en el último número del periódico *L'Amico del Popolo*, que bajo la dirección de Gori apareció en Milán en 1891 y 92. Este periódico hizo desenojar un odio salvaje contra los anarquistas, odio que trató aquella época de terror que dio carta de ciudadanía á las ideas anarquistas, proscripiendo hasta entonces, y como una consecuencia de aquel odio, *L'Amico del Popolo* fué denunciado y secuestrado todos sus números. Este artículo, que es todo un documento, explica en cuatro palabras la finalidad del socialismo anarquista, que todos deben leer.—La Redacción

(1) Victor Considérant, «Le Socialisme devant le Vieux Monde», 1848, págs. 35-36.